

BORGES, EL QUIJOTE Y LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES*

Sergio Pastormerlo

Universidad Nacional de La Plata

Resumen

El *Quijote* tiene una presencia casi excesiva en la obra borgeana. La intensa relación de Borges con la novela de Cervantes, sin embargo, es pródiga en valoraciones equívocas y malentendidos. El artículo explora y comenta algunos de estos malentendidos reconstruyendo sus contextos en el marco de la vasta producción crítica de Borges. Su concepto de “superstición”, su intempestivo antihispanismo, sus vínculos con Quevedo y la tendencia de su crítica a dialogar o discutir con otros discursos críticos son los principales ejes de la lectura propuesta.

Palabras clave: Borges; Quijote; Hispanismo; Superstición

Quixote has an almost excessive presence in the work of Jorge Luis Borges. The intense relationship of Borges with Cervantes' novel, nevertheless, is lavish in equivocal appraisals and misunderstandings. The article explores and comments on some of these misunderstandings, reconstructing its contexts in the framework of Borges' vast production as a critic. His concept of 'superstition', his ill-timed anti-Hispanism, his bonds with Quevedo, and the tendency of his criticism to dialogue or discuss with other critical discourses are the main axes of this proposed reading.

Keywords: Borges; Quijote; Hispanism; Superstition

Aunque parezca una noción de uso meramente contencioso, el concepto de “superstición” fue clave en los textos críticos borgeanos. Para advertir su relevancia quizá baste recordar que Borges escribió un temprano ensayo dedicado específicamente a ese concepto: “La supersticiosa ética del lector”. Y ese concepto borgeano, además, estuvo siempre muy ligado al *Quijote*. De hecho, el primer y principal ejemplo citado en “La supersticiosa ética del lector” era la novela de Cervantes. Recordemos el argumento del ensayo. Borges arremetía allí contra lo que llamaba una “superstición del estilo”, que conducía a ciertos lectores (“lectores supersticiosos”) a hallar en toda obra clásica un modelo estilístico. Y para Borges, como antes para Paul Groussac, el valor del *Quijote* no residía en sus virtudes de estilo. Al contrario, su valor quedaba probado en las innumerables y “póstumas batallas” que el *Quijote* ganaba “contra sus traductores” (Borges, 1928, 5).

El concepto de “superstición” se refería a un tipo de relación con la literatura signada por la credulidad y la devoción. “Supersticiosos” eran, para Borges, quienes creían demasiado en la literatura y le tributaban una admiración también excesiva. Menard, el

protagonista de “Pierre Menard, autor del Quijote”, escribió en una de sus cartas: “Pensar, analizar, inventar, no son actos anómalos: son la normal respiración de la inteligencia” (Borges, 1939: 16). El “lector supersticioso” borgeano creía que pensar, analizar o inventar *eran* actos anómalos.

Comencé recordando el concepto de “superstición” porque el *Quijote*, lo mismo que otros libros clásicos pero más que ningún otro, fue demasiadas veces elegido por Borges como paradigma del texto literario objeto de “veneración supersticiosa”. No faltan razones, por lo tanto, para suponer que el concepto borgeano de “superstición” ilumina la relación que el propio Borges mantuvo con el *Quijote*. Esa relación, sin embargo, no estuvo exenta de malentendidos. El propósito de este artículo es comentar algunos de esos malentendidos.

En primer lugar, parece necesario recordar el gusto borgeano por el ejercicio de la irreverencia cultural. El concepto de “superstición” formaba parte, desde luego, de una política de la irreverencia. Bien pudo ser una herencia de Paul Groussac, otro irreverente reverenciado. Groussac, cuya autoridad respaldaba las opiniones sobre el *Quijote* expuestas por Borges en “La supersticiosa ética del lector”, había polemizado con Menéndez y Pelayo a propósito de Cervantes, y la discusión había estado motivada justamente por las insolencias que Paul Groussac se había permitido contra el autor del *Quijote* (Groussac, 1980: 7-10). En este marco deben ser entendidas muchas de las bromas sacrílegas borgeanas sobre Cervantes, como la conocida anécdota, recordada o inventada por el mismo Borges, según la cual en su infancia habría leído por primera vez el *Quijote* en inglés, y luego, al leerlo en español, habría sentido que el original de Cervantes sonaba como una mala traducción (Borges, 1970: 42).

Pero, más allá de este gusto por la irreverencia y el arte de molestar, la relación de Borges con Cervantes no se deja comprender si olvidamos su relación con Quevedo. En 1947 publicó un ensayo, “Nota sobre el Quijote”, que comenzaba así:

Paradójica gloria la del Quijote. Los ministros de la letra lo exaltan; en su discurso negligente ven (han resuelto ver) un dechado del estilo español y un confuso museo de arcaísmos, de idiotismos y de refranes. Nada los regocija como simular que este libro (cuya universalidad no se cansan de publicar) es una especie de secreto español, negado a las naciones de la tierra pero accesible a un grupo selecto de aldeanos (Borges, 1947: 234).

Al año siguiente escribió un prólogo para una selección de textos en prosa y verso de Quevedo. Comenzaba con estas palabras:

Como la otra, la historia de la literatura abunda en enigmas. Ninguno me ha inquietado tanto, y me inquieta, como la extraña gloria parcial que le ha

tocado en suerte a Quevedo (Borges, 1948).

En la inquietud de Borges frente a esa consagración imperfecta se traslucía una inquietud respecto de las valoraciones que había recibido y esperaba recibir él mismo. La historia de su consagración definitiva se iniciaría en la década siguiente, pero Borges no veía a su alrededor signos auspiciosos: unos años antes el gobierno de Perón lo había removido de su nada glorioso empleo en una biblioteca de barrio para designarlo inspector de un mercado municipal. Desde su juventud, Quevedo había sido un modelo de escritura y uno de los escritores más frecuentados por su crítica. La “grandeza” únicamente “verbal” (Borges, 1948) y el costoso antisentimentalismo de Quevedo coincidían con la imagen que Borges arrastraba: la de un escritor de estilo acusado de fabricar una literatura, como entonces se decía, “fría” y “deshumanizada”. Su ensayo de 1948 sobre la “gloria parcial” de Quevedo debe ser leído junto al ensayo de 1947 sobre la “paradójica gloria” del *Quijote*. Quevedo, “el primer artífice de las letras hispánicas”, que no había agregado “al universo una sola alma” (Borges, 1924), se oponía simétricamente a Cervantes, pero la simetría no se prolongaba en las valoraciones –y aquí se crispaban las inquietudes borgeanas: a Quevedo no se le atribuían personajes inmortales, pero a Cervantes se le atribuían “dones de estilo” (Borges, 1928).

Borges escribió muchos ensayos críticos a propósito del *Quijote*, pero entre esos ensayos resulta preciso establecer una distinción. Por un lado, los ensayos dedicados a la novela, como “La conducta novelística de Cervantes” (1928), “Magias parciales del *Quijote*” (1949)

o “Análisis del último capítulo del ‘Quijote’” (1956). Por otro, los ensayos dedicados a las lecturas recibidas por la novela. En este caso, el objeto de la crítica borgeana no era el *Quijote* ni Cervantes, sino sus críticos –y en especial, los cervantistas españoles. Por eso, cuando encontramos en Borges una afirmación supuestamente adversa al *Quijote* no es superfluo preguntarse si estaba hablando sobre el *Quijote* o contradiciendo lecturas críticas anteriores. Exactamente lo mismo sucede en la relación que mantuvo con uno de nuestros clásicos del siglo XIX, el *Martín Fierro*. Cada vez que Borges definió al personaje, Fierro, con una serie de insultos (ese gaucho borracho, pendenciero, asesino y, lo peor de todo, quejoso) estaba dialogando mucho menos con el poema de José Hernández que discutiendo contra Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. Por lo demás, en su fobia contra los cervantistas españoles participaba también un antihispanismo de signo criollista que Borges supo practicar con un fervor decididamente anacrónico, decimonónico, como si fuera un intelectual de la generación de 1837(1).

El método de recopilar juicios favorables o adversos para averiguar el valor que un

escritor tiene en los textos críticos de otro escritor puede resultar inadecuado. En el caso de Borges resulta especialmente inadecuado. Si apenas escribió contra Proust no fue porque estimara su literatura: casi no escribió contra Proust porque casi no escribió sobre Proust. Por el contrario, en la década de 1920 Borges no desperdiciaba oportunidad para escribir contra Góngora. En 1927, por ejemplo, cuando se cumplió el tercer centenario de su muerte, escribió cuatro ensayos. Fueron cuatro violentas diatribas, pero prueban el interés del joven Borges por Góngora. La casi excesiva presencia del *Quijote* en toda la obra borgeana (en los ensayos, en las ficciones, en los experimentos críticos, en la poesía, en las prosas breves de la última etapa) es un índice inequívoco de su admiración por la novela de Cervantes, una admiración que, inesperadamente, no siempre supo mantenerse *on this side idolatry* –según la fórmula de Ben Jonson sobre Shakespeare que a Borges, inquisidor de idolatrías literarias, le gustaba repetir. Por lo pronto, una sola vez escribió la palabra “superstición” aplicada a sí mismo, y fue en ocasión de escribir sobre el *Quijote*:

Ya no sé si el informe: *En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía...* etc., es bueno para una divinidad imparcial; sé únicamente que toda modificación es sacrílega y que no puedo concebir otra iniciación del *Quijote*. Cervantes, creo, prescindió de esa leve superstición, y tal vez no hubiera identificado ese párrafo (Borges, 1932: 11).

Notas

* La presente Nota es una transcripción de la ponencia expuesta en la mesa redonda organizada con motivo de la Celebración del 400º Aniversario del *Quijote* por la Secretaría General de Comunicación y Cultura de la Universidad Nacional del Sur el 17 noviembre 2005.

1. Cf., especialmente, Borges 1927 y 1941.

Bibliografía

1. Borges, Jorge Luis, 1924. “Menoscabo y grandeza de Quevedo”, en *Revista de Occidente*, año 2, v. 6, nº 17, Madrid, octubre-diciembre. (Recogido en *Inquisiciones*, Buenos Aires: Proa, 1925).

2. Borges, Jorge Luis, 1927. “Sobre el meridiano de una gaceta”, en *Martín Fierro*, año 4, nº 42, Buenos Aires, junio-julio, p. 7. (Recogido en *Textos recobrados 1919-1929*, Buenos Aires: Emecé, 1997).

3. Borges, Jorge Luis, 1928. “El estilo y el tiempo”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 22 abril, 2ª sección, p. 5. (Reproducido bajo el título “La supersticiosa ética del lector”, con variaciones y adiciones, en *Azul*, Azul, año 2, nº 8, enero-febrero 1931, pp. 11-14. La segunda versión, fechada 1930, fue recogida en *Discusión*, Buenos Aires: Manuel Gleizer, 1932).

4. Borges, Jorge Luis, 1932. “Prólogo” a Paul Valéry, *El cementerio marino*, Buenos Aires: Les Editions Schillinger. (Recogido en *Prólogos*, Buenos Aires: Torres Agüero, 1975).

5. Borges, Jorge Luis, 1941. "Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*", en *Sur*, nº 86, Buenos Aires, noviembre, pp. 66-70. (Recogido en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires: Sur, 1952, con el título "Las alarmas del doctor Américo Castro").
6. Borges, Jorge Luis, 1947. "Nota sobre el *Quijote*", en *Realidad*, v. 2, nº 5, Buenos Aires, septiembre-octubre, pp. 234-236. (Recogido en *Textos recobrados 1931-1955*, Buenos Aires: Emecé, 2001).
7. Borges, Jorge Luis, 1970. "Autobiographical Notes", en *The New Yorker*, New York, 19 septiembre, pp. 40-99. (Traducción al español: *Autobiografía*, Buenos Aires: El Ateneo, 1999).
8. Groussac, Paul, 1980. "Cervantes y el 'Quijote'. Primera conferencia", en *Crítica literaria*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano.